

Las dos naciones, el abandono y la tensión racial

Una mirada sociológica sobre la segregación de la población negra en los Estados Unidos

Hernán Rodrigo Moreno

Universidad de Buenos Aires - Facultad de Ciencias Sociales

herromoreno@gmail.com

Resumen

El presente trabajo abordará la compleja tensión que se desarrolla alrededor de los procesos de segregación racial a la comunidad negra en los EEUU, poniendo énfasis en algunos de los momentos de conflictividad para con la Policía y las instituciones de dominación estatal, especialmente en la etapa de pos guerra, hasta los sucesos del año 2020. Se buscará comprender la tensión entre los grupos sociales y como elaboran estrategias de intervención a partir de los contextos en que se sitúan, desde una mirada en clave comparativa con la Obra "Sybil", de Benjamin Disraelí, y la llamada cuestión social.

Introducción

Suelen pensarse e interpretarse las revueltas sociales y los movimientos de protesta colectiva, que se prolongan en el tiempo, como emergentes de cierta cuestión social no resuelta, o exacerbada por tensiones dentro de la sociedad, que no encuentran canales de contención y actores válidos para su comprensión y posible respuesta.

Gran parte de este argumento suele presentarse como un intento de explicar y comprender los por qué de los levantamientos populares en determinados países que amenazan el, hasta entonces, “normal” estado de cosas, o en definitiva, a lo que los grupos sociales atribuyen a lo esperable, cotidiano, y hasta tolerable, en sus derroteros temporales y espaciales, pese a las desigualdades que estos grupos viven e intentan comprender, encontrar los motivos que las producen, o que simplemente ensayen alguna causa del porqué de la desigualdad que se experimenta día a día.

Cuando una sociedad comienza a experimentar cambios sociales a gran escala, que transforman no solo aspectos muchas veces imperceptibles para las realidades cotidianas de las personas que en ellas se desenvuelven, sino que y en simultáneo, se dan quiebres y cambios estructurales sobre variables como la manera de producir, de organizarse socialmente y recrear instituciones como prácticas de sentido; se da una serie de irrupciones conceptuales, discursivas, que buscarán explicar lo contingente, desde los campos literarios, académicos y que muchas veces acompañan los intereses de los grupos que buscan ubicarse en posiciones sociales de poder, pero también de los grupos afectados negativamente en la distribución espacial de los flujos de poder, y que hasta ese entonces ocupaban posiciones privilegiadas, o de cierta relación favorable para con esa distribución.

Se despliega así, una maquinaria de argumentaciones, prácticas discursivas que van construyendo sentido y un cúmulo de aspectos normativos que buscan no solo organizar sino estructurar las posiciones sociales esperables y posibles, dentro de los diferentes espacios de acción y producción de la vida cotidiana.

Son épocas de transición, de profundos cambios sociales que al incorporar nuevos actores, demandas, intereses, muchos de ellos contradictorios, producen choques sociales, a gran escala, ciertas tendencias al malestar colectivo y al conflicto, debido muchas veces al quiebre entre las expectativas y los logros de las metas que los individuos y los grupos se dan como posibles.

Benjamín Disraelí, en 1845¹, casi en paralelo a la tan citada y leída obra de Federico Engels, “La situación de la clase obrera en Inglaterra”, escribe “Sybil”, una profunda y hermosa obra que a modo de novela, nos muestra una sociedad profundamente conflictiva, desigual y en la búsqueda no solo de denunciar las injusticias sociales, sino proponer acciones colectivas para resolverlas.

Disraelí escribe en pleno auge del movimiento cartista², y las revueltas obreras “contra la máquina”³, y nos muestra un país donde pareciera que coexisten dos naciones distintas, que comparten territorio, tiempos, espacios de interacción en plazas, mercados, calles, pero que más allá de esa aparente integración, representan a “dos naciones” opuestas, contradictorias, desiguales, dónde una de ellas (la minoría), vive en los lujos y la opulencia, mientras que la otra, la de las mayorías sociales, atraviesa las penurias de la sociedad de clases en desarrollo, con el proceso de conformación de las barriadas obreras en las ciudades industriales, las extenuantes jornadas de trabajo, y el ver como los frutos de su esfuerzo, se los quedan los que luego de la sangrienta acumulación ori-

ginaria⁴, pertenecen a la nación privilegiada.

Sybil es metáfora de las sociedades modernas, donde el capital como relación social, atraviesa cada uno de los espacios donde los sujetos se presentan y construyen sus realidades.

Sybil es metáfora de los años revolucionarios de 1848, 1871, 1917, los 50's de pos guerra, el 68, los calientes setenta del siglo pasado los procesos de descolonización, las luchas por la vuelta a la democracia en Latinoamérica, las rebeliones contra el orden social de los noventa, y es, en el caso particular de los Estados Unidos, donde se expresa en extrema crudeza, mostrando la incompatibilidad de un sistema social que lejos de integrar a los grupos en pugna, construye barreras materiales y simbólicas cada vez más profundas, para expulsar y legitimar el acto realizado, a través del sentido común, a la "nación pobre", a los márgenes del entorno.

Suele decirse desde las ciencias sociales, que uno de los grandes problemas que especialmente la sociología intento resolver, fue la llamada "cuestión social", y como generar instancias que logren integrar el disenso en los estratos sociales que aparecen como disconformes, críticos, del sistema, hacia una nueva reconfiguración de las instituciones que producen el sentido de las cosas y las rutinas de interacción bajo cierta normalidad aunque sea precaria, pero que canalice el conflicto, y así, pueda generar pautas sociales arraigadas en valores comunes, en percepciones que evoquen aspectos familiares a los grupos en tensión, como las ideas de solidaridad, creencia en una normatividad compartida, semejanzas en los deseos de una estabilidad y paz al interior de los grupos primarios (familia, compañeros de trabajo) etc.

Debe entonces aclararse que el anterior supuesto (la búsqueda de explicar la integración o la canalización del conflicto), es solo uno de los tantos posibles y científicamente analizables, desde los cuales pueden entenderse, desnaturalizarse y someter a una rigurosa vigilancia epistemológica (Bourdieu y Passeron, 2004), para ajustar los métodos, técnicas y cuerpos teóricos que ayuden a comprender los fenómenos a estudiar.

El presente análisis, se abocará a una estrategia descriptiva y comprensiva de los principales fenómenos de conflicto social, ocurridos en la llamada cuestión negra, con foco en el siglo XX y su continuidad en las primeras décadas del XXI en los Estados Unidos, intentando rescatar su relación con el proceso de conformación y consolidación de la sociedad capitalista norteamericana, y las tensiones propias de un abordaje donde la acción de los grupos se enfrenta constantemente con la presión y acción restrictiva de las estructuras sociales que intentan no solo imponerse sobre las voluntades sociales, sino y en simultáneo, observar las maneras en que dichos grupos buscan romper el estreñimiento que sobre ellos se despliega, para así generar sus propios y posibles cursos de acción que satisfagan intereses propios, o lo que los grupos elaboren subjetivamente como sus posibles intereses⁵.

Con esto se intenta especificar una mirada que tiene en cuenta los aspectos constituyentes de una acción social entendida desde las posibilidades y límites que se dan en la producción y reproducción de las prácticas que los actores se dan en sus vidas, referidas básicamente en la disposición de recursos a su alcance para intentar modificar el orden social a su favor, y lo que se conoce como el limitante de las normas o reglas sociales que buscan imponerse a las acciones sean estas individuales o colectivas.

Es importante aclarar que en el análisis del proceso social que lleva a intentar comprender la tendencia recurrente de parte de la comunidad negra norteamericana al con-

flicto y a la rebelión, se focaliza en un abordaje desde la integración acción – estructura⁶, o mas específicamente, desde las tensiones propias del derrotero histórico de los grupos sociales al integrarse a un sistema social con prácticas sociales ya establecidas, desde el cual esos grupos se apropian y evalúan al comprender las propiedades estructurales del sistema, las posibles maneras de satisfacer sus motivaciones que los impulsan a intentar producir cambios en el “normal estado de cosas.

Un análisis como el propuesto, debe entonces enmarcarse dentro de un marco teórico que se corresponda a las intenciones pretendidas, de intentar comprender esa recurrente tendencia de los grupos discriminados, a rebelarse y abrir espacios de conflictividad. Resulta así central retomar también la constante racionalización que los grupos construyen acerca de lo manifiesto y lo latente⁷ en las prácticas sociales, y las razones que dan sustento a la institucionalización de las mismas.

Es conveniente pues, abordar someramente algunas propiedades de la sociedad que desde sus primeros momentos de conformación luego de su proceso de emancipación de Inglaterra y posterior construcción del Estado norteamericano, fue desarrollando una división social, basada en criterios de acceso y monopolio de los medios de producción, pero también, sustentada esa legitimidad en criterios raciales que vienen a intensificar y darle volumen a la cuestión de clase.

¿De que sociedad estamos hablando, al referirnos a los Estados Unidos?

La sociedad capitalista, se caracteriza por la división de la misma en clases. El sustento estructural de la misma está en relación al trabajo, su forma privada de ejercicio y el carácter social del mismo. Y de todo el edificio estructural e ideológico que de ello se desprende.

Un cúmulo de representaciones sociales cristalizan en formas de relacionarse socialmente las personas así como también, de conformación constante de límites a las posibles e imaginadas formas de actuar. Una vez más, lo posible como recursos y los limitantes como reglas impuestas, devienen en tensión.⁸

Frente a una complejidad y estructuración basada en la manera en que se produce y el carácter de dicho proceso, los individuos se presentan en la vida cotidiana e intentan moverse dentro de esa compleja red de relaciones sociales, que pueden también desembocar en tensiones, disputas y descontentos por los roles sociales asignados, y la percepción de cierta ilegitimidad alrededor de los mismos.

Desde la expansión colonial, pasando por la Guerra de Secesión y el despliegue de un genocidio fundante sobre las poblaciones originarias, se fue constituyendo una idea de nación basada en criterios excluyentes, jerarquizantes y con un basamento racial, al cual se iba a adosar la creación de identidades sociales alrededor de la producción de mercancías, pero que conservan el elemento racial constitutivo.

Partiendo entonces de un proceso social de conformación de un Estado Nación que asegure un incesante desarrollo de la producción capitalista, basada en una creciente expansión de las fronteras del mercado interno, y la posterior expansión económica hacia el continente primero, y hacia el mundo después, en plena consolidación del Imperialismo como etapa histórica, los actores sociales, los grupos de afinidad que van constituyendo, van a intentar incidir, desplegar sus estrategias como actores concientes y diestros, y así intentar torcer el equilibrio desde el cual se dan las prácticas entre grupos.

Los recursos materiales, simbólicos que se encuentran a disposición de los agrupamientos sociales, pueden servirles como herramientas para instalar si no es un cambio radical, al menos la instancia de que lo que es esperable y dado, empiece a ser cuestionado, desnaturalizado, puesto en dudas sobre su efecto socializador pero a la par, restrictivo de las prácticas.

Las mas de las veces, la sociedad que se presenta como una complejidad en aumento, suele “reencauzar el descontento”, generando nuevas normalidades o equilibrios, que si bien parecen satisfacer las demandas opuestas, en “realidad incorporaron dentro de la institucionalidad dominante, el disenso, abriendo instancias de integración funcional”, sea vía cultural, económica o desde la producción y el trabajo.

En los Estados Unidos es fundante en lo que respecta a la cuestión racial y la segmentación no solo desde lo cotidiano, sino y por sobre todo desde lo legal/estatal, la instauración de la nefasta doctrina “iguales pero separados” (también relacionadas con las Leyes raciales de Jim Crow), de fines del siglo XIX, y avalada por la Corte suprema norteamericana en 1896.

Desde lo normativo, se legalizó así, la segregación racial y la discriminación en base al color de piel, desde la adopción de un criterio hecho “sentido común” en la sociedad, que argumentaba el desenvolverse dentro de ciertos criterios atribuibles a una supuesta normalidad y el no estar violándose la Constitución Nacional, (puede entenderse a la misma “como parte de los recursos” a disposición por parte de los actores sociales, y no como mera normatividad impuesta), ni sus enmiendas posteriores, pues desde lo formal, se aseguraba igualdad de prestaciones en servicios, acceso a bienes y posibilidades, pero de manera espacialmente distanciados, y más aún, en la práctica concreta, se abría así la posibilidad legal de diferenciar y racializar espacios público/privados.

Es importante destacar así, la enorme influencia que tuvo esta doctrina en el país y como los diferentes grupos se la apropiaron según pueda satisfacer sus intereses como grupo, pero y en simultáneo, generó las condiciones para el grupo perjudicado, de encontrar sea legal y concretamente, o según las corrientes de opinión imperantes, el sustrato desde el cual desplegar sus estrategias prácticas para tensar y quebrar esa lógica excluyente⁹.

Las Leyes de Jim Crow, se transformaron en base material e ideológica desde donde las comunidades se abocaron a enfrentar lo coercitivo / restrictivo de la norma, y desde sus recursos disponibles, desplegaron estrategias de acción tendientes a quebrar la norma.

Retomando lo anteriormente expuesto, los procesos de institucionalización de prácticas sociales, pueden presentarse como posibles en épocas de cierta estabilidad social, o mas bien, cuando un grupo dominante logró imponerse al resto social, e instaurar una “manera de ver y entender el mundo”, que responde a sus intereses, pero que debido a la situación concreta, los hace parecer como los intereses del conjunto de las personas.

Ahora bien, ¿Qué ocurre cuando los grupos dominados, no solo viven cotidianamente la desigualdad, sino que la racionalizan y tensan el desarrollo de lo que hasta entonces parecía como normal?

Se abren instancias de choque abierto y como bien explica John Rex, las normas y el sometimiento a un orden, dejan de ser aceptadas, y se desenvuelven tendencias a la rebelión social, por la internalización subjetiva en los mas desiguales, de la para nada naturalidad y obviedad de esa diferencia, y entonces, la necesaria disputa por la asigna-

ción de los recursos, espacios y oportunidades, que esa sociedad produce, pero también, por el posicionamiento social de los grupos y las creencias válidas en un nuevo orden que altere la inmanente diferenciación que hasta ese momento era asumida como legítima.

Es un momento de profunda reflexividad por parte de los grupos en disputa, y de desarrollo de las múltiples estrategias que los puedan llevar a concretar sus intereses frente al resto de la sociedad.

La cuestión racial en los Estados Unidos es posible analizarla desde la conflictividad propia de la "Tesis de las dos naciones" de Disraelí, pero en una "sociedad en transición y crisis" que no logra integrar a los excluidos, pero tampoco excluirlos concretamente hacia el entorno del sistema, pues esa práctica social choca constantemente con la resistencia y tendencia a la rebelión del grupo oprimido, la comunidad negra, pero además le es funcional al grupo dominante el generar diferenciación social dentro del cuerpo social, permitiendo así, la disponibilidad creciente de mano de obra subvaluada, en base a la puesta en práctica de esas propiedades diferenciadoras y jerarquizantes.

A las necesidades concretas del capital no solo norteamericano, sino a escala mundial, la consolidación de un proceso de clivaje interno dentro de la clase a ser explotada, y además, la consolidación del mismo en la conciencia colectiva de vastos sectores sociales, de la legitimidad de esa diferencia en base a cuestiones culturales, físicas, identitarias, actúa como mecanismo esencial en la posibilidad de intensificar la explotación de la fuerza de trabajo en los sectores previamente estigmatizados y jerarquizados racialmente, produciéndose así una dinámica compleja que, quiebra no solo la construcción de una identidad común alrededor del "ser obrero", sino que limita en la práctica las posibilidades de resistencia común frente al patrón, generalmente "blanco".

La construcción de una nación desde la diferencia y la negación primero, y luego desde la jerarquización de la desigualdad "en base a la racialización de la clase", muestra luego de más de 240 años de desarrollo, la constante reiteración del conflicto, así como de las maneras en que se intenta encauzarlo desde las clases dominantes. Aquí vale el complejizar la latente posibilidad de que el conflicto social sea estimulante para el desarrollo del todo social, ya que, si es encauzado dentro de los márgenes esperados por la estructura de dominación, no solo reintegra la disconformidad social, sino que además adapta y abre momentos de asimilación hacia los valores compartidos que sirven como sedimento para la cohesión bajo el orden social que el capital y su Estado configuran como "normal".

No es intención de este trabajo rastrear la génesis de la cuestión racial en los Estados Unidos, sino "comprender la consolidación de la recurrente tendencia al estallido social, y a la protesta de la comunidad negra, desde las últimas décadas del siglo XX, hasta nuestros días."

Entender al conflicto social como parte del sistema, es incorporarlo como elemento dinámico y motor del cambio y la reacomodación de los demás elementos, a los sucesivos equilibrios inestables, entre los que se mueven las personas y grupos de afinidad.

La sociedad capitalista puede verse como un constante tensión entre la acción y la estructura que las mas de las veces se impone, o de manera solapada y funcional al orden dominante, limita las posibles vías de ruptura con "lo dado", acotando las acciones colectivas a la adaptación crítica de las formas de estructuración social.

Un aspecto constitutivo del como se organiza estructuralmente la sociedad norteamer-

ricana, es observar que las relaciones sociales imperantes devienen de la singular forma de producir objetos de consumo y el carácter social de ese fin, pero privado de la manera de realizarlo. Las ideas dominantes internalizadas al sentido común, recrean y reproducen esa lógica, y los actores sociales al sumarse a la vida en común, racionalizan que la asignación es antecedente a la integración de ellos en un todo más complejo¹⁰.

Momentos

Hay al menos “4 momentos que son fundantes en la continuidad de la disputa por el sentido” de la ubicación de los grupos en EEUU, y que pueden identificarse en ellos un denominador común, de ser “expresiones colectivas de ruptura con la normalidad social”, de manera claramente “defensiva”, y en respuesta al aumento progresivo de la violencia policial, la exclusión, la marginalidad y la consolidación de una política estatal que pretende constituir espacios geográficos segmentados según pertenencia de étnia/clase.

En este sentido, pueden entenderse sin embargo, la conformación de “barrios negros, y latinos”, también como una respuesta desde el grupo afectado, hacia el poder del estado. Es un fenómeno que produce desde sus dos extremos la convergencia a agruparse identitariamente desde el rechazo hacia un otro que es visto como amenaza y causa de las penurias.

Aclarando esta mirada, se produce una acción intencionada de segregación, y ésta genera consecuencias no deseadas en el grupo seleccionado, de cerrazón en si mismo, construyendo importantes lazos de solidaridad orgánica, que buscan preservar la subsistencia del grupo como un todo, frente a la amenaza del afuera.

El carácter intencionado” de la acción de segregación opera en dos sentidos en apariencia opuestos. Desde el grupo excluido y segregado como reacción defensiva e intento por consolidar una ligazón social que cohesione cuerpos y voluntades frente a una amenaza concreta, pero y a la par, desde el grupo dominante blanco hacia lo asociado con la negritud, y como se aclaraba más arriba, amparado legalmente desde la doctrina “iguales pero separados”.

Lo constrictivo del aparato normativo es evaluado por los grupos sobre los que opera la segregación, y así puede trocar en recurso disponible para constituirse como identidad en base a esa desigualdad.

Desde esta perspectiva dinámica, las comunidades negras consolidadas alrededor de espacios de interacción definidos y específicos, desde fines del siglo XIX y comienzos del XX, “operaron como respuesta defensiva” frente a un Estado que consagró formalmente la igualdad social de sus habitantes ante la ley, pero que en concreto, respondiendo a su estructura de dominación material, permitió y legitimó la conformación de criterios de segregación y jerarquización social, basados en el cruce de la clase con la raza.

Nada mas evidente y al alcance de sus posibilidades, para el poder económico y político de los EEUU, que identificar fácilmente a un potencial enemigo al orden, *en un sujeto colectivo que porta en si mismo la frontera que lo diferencia*. El color de piel, marca, distingue y diferencia, y en base a esa frontera que se porta en el cuerpo, se genera todo el tiempo y retroalimenta la diferencia y separación, que posibilita así, la desigual explotación social de los grupos inferiores.

Inclusive la aceptación muchas veces imperceptible del sentido común que actúa invi-

sibilizando la diferencia, se expresa desde lo discursivo.

En “Alma Encadenada” Eldridge Cleaver muestra sin velos como la “tesis de las dos naciones” es hecha carne y práctica en la sociedad norteamericana, al haberse instalado la necesidad de anteponer el adjetivo “negro” a los sustantivos que nombran, hecho que pareciera ser menor, pero que solo aplica a lo propio de la comunidad negra: “el hablar de barrios negros, cultura negra, mujeres negras, comunidades negras”, muestra como se construye la diferencia también en la comunicación cotidiana.

Como antecedente y quizás evento fundante de la percepción que se dio a si misma la comunidad negra en sus aspiraciones y avances en ir corriendo la frontera de lo posible a sus acciones, merecen destacarse los sucesos conocidos como la semana de Elaine, o La matanza de Elaine, acontecidos en el año 1919, donde el hartazgo de la segregación y la violencia sufrida por los negros, estalló en una oleada de revueltas y choques contra los blancos, que se diseminó por la mayor parte de los estados.

Fue sin dudas un momento donde se pusieron en marcha las estrategias al alcance de los negros, para enfrentar las incesantes turbas de blancos supremacistas, que atacaban, hostigaban, e incluso incendiaban a decenas de trabajadores negros, colgándolos en plazas y esquinas.

La gimnasia pre revolucionaria negra se expresó en ese caliente año 1919¹¹, en unos intentos avanzados de autodefensa y organización política alrededor de la “Hermandad de sangre Africana”, y el incipiente Partido Comunista, desde donde se constituyeron bastiones armados y ámbitos de deliberación social, política, gremial, desde los cuales se buscaba poner fin a la doctrina iguales pero separados, las leyes raciales, y los actos de violencia estatal para con las comunidades negras.

Solo desde un criterio que busca centrarse en los intentos de rebelión del último siglo y comienzos del actual, y centrado específicamente en el auge en la lucha por los derechos civiles, es que no se desarrollan en exhaustividad los sucesos del año 1919.

Primer momento, o la continuidad del año 1919. “Cansada de ceder”. La lucha por los derechos civiles

Es quizás desde lo simbólico, pero también desde las consecuencias políticas que desencadenó, que el caso Rosa Parks, de 1955, produce un parte aguas de la historia de la conflictividad racial en EEUU.

Cuando Rosa Parks se dirigió hacia el chofer del autobús en el cual volvía de trabajar en Montgomery, Alabama, y le dijo ante la insistencia del mismo que le cediera el asiento a un hombre blanco, -“cansada estoy yo, cansada de ceder”, expresó en esas palabras todo un sentimiento colectivo que se hizo cuerpo en ella y a través de ella, irrumpió como una enorme energía que se libera, contagiando a muchas ciudades donde las minorías negras eran visibles, en una oleada de demandas y enfrentamientos con la policía, que luego inspiró las luchas pacifistas de Martín Luther King, y que solo pudo ser contenida en base a concesiones menores, y la prohibición de la segregación racial en los transportes públicos. Con Rosa Parks, “las dos naciones” de Disraelí se enfrentaron cara a cara.

El sistema social pudo momentáneamente contener y reintegrar la conflictividad, pero en una estabilidad precaria, transitoria, aparente y frágil.

Uno de los modos fue y es la decisión de crear y consolidar una fracción dentro de la

comunidad negra, como clase intermedia, con capacidad de dominación y acceso al capital.

Un grupo diferenciado dentro de la comunidad negra, moviéndose dentro de un campo específico de acción y posiciones sociales (Bourdieu, 1992), con capacidad de acumular riquezas, acceder a profesiones anteriormente asignadas exclusivamente a ciudadanos blancos y por ende con la posibilidad también de explotar mano de obra negra.

Así se constituyó un clivaje social a su interior, reproduciendo la estratificación de la sociedad en clases, ahora con un sector dentro de la comunidad negra, con capacidad de transformarse en profesiones indispensables para asegurar la explotación de la clase obrera, integrándose a la dinámica de una sociedad basada en la apropiación del producto del trabajo en beneficio de una minoría blanca, que ahora cuenta con un aliado material e ideológico dentro de la propia comunidad, con el poder de consolidar la creación de un sistema de valores basado en la idea de que debe ser un aspecto positivo la desigualdad social de “las dos naciones”, pues producen motivaciones a la acción y la orientan dentro del marco esperado, hacia una aspiración de ascenso social, una reconfiguración de que el “sueño americano” puede ser posible para los habitantes de color.

La continuidad de la tensión y el conflicto entre la comunidad negra norteamericana y las clases dominantes y su Estado, se mantuvo latente durante años de aparente calma, momentos de posibilidad de integración excluyente, pero “la racionalización de la desigualdad y la consecuente toma de posición frente a ello”, volvió a generar las posibilidades de reapertura del ascenso del conflicto.

La cuestión racial corrió de la mano y retroalimentó la cuestión de la clase. Con la creciente incorporación de nuevos actores a la compleja sociedad norteamericana, (latinos, asiáticos), se intensificó el proceso de consolidación de una estratificación bien diferenciada entre comunidades, que se iban integrando subordinándose a los intereses de la minoría dominante blanca, pero que en paralelo comenzaron a competir entre sí, por una posición social colectiva, dentro del espacio social más extenso, y siempre, subordinadas pero en enfrentamiento latente con el poder consolidado de la “América Blanca”.

Ahora bien, los grupos dominantes, muchas veces intentan constituir identidades que trasciendan sus intereses particulares y se internalicen en vastos sectores de la sociedad, incluso antagónicos a ellos, pero que se pueden presentar como propios al colectivo social en cuestión.

Dentro de los múltiples intentos de canalizar la conflictividad de clase, y lograr adhesión a un sistema de valores y creencias comunes que legitimen y sostengan el orden social capitalista en los EEUU, sin dudas, el Partido Demócrata, ocupa uno de los principales roles en esa empresa de sostener un orden social constituido a lo largo de más de dos siglos.

Un Partido Demócrata y sus alas más progresistas, que, rápidamente ocuparon el rol de contención de los grupos críticos y disruptivos, encauzando la protesta que por momentos amenazó pasar de defensiva a ofensiva (la radicalización del movimiento negro en los 60's, las Panteras Negras, el Black Power), hacia los canales aceptados por el sistema, abriéndoles instancias de participación institucional, corporativa y política, en definitiva, darles el poder de ser parte del juego, y participar del campo y sus reglas, en sintonía con la conceptualización de Pierre Bourdieu sobre los campos sociales, sus posicionamientos, las redes de relaciones que se despliegan y el papel central que jue-

gan las identidades, en los posibles y esperados cursos de acción.

Segundo Momento – La experiencia de los hijos de los años 60 / 70.

“The battle of L.A”

Pero los tempranos noventa, en el invierno de 1991, desataron nuevamente la ira colectiva de la comunidad negra luego de la absolución de los policías que habían agredido salvajemente a Rodney King en Los Ángeles.

Los disturbios de Los Ángeles de 1992, expresaron un verdadero estallido social con centro en la ciudad del Oeste norteamericano, pero que se fue propagando a otros núcleos urbanos de la costa este.

1992 fue quizás el momento de máximo ascenso de la conflictividad social y racial, que sacudió al poder norteamericano, y a su clase dominante blanca, y como consecuencia, se desplegaron un conjunto de políticas que mezclaron cuotas de represión e integración, y además de legitimación de un patrón cultural del barrio negro, que se expresó fuertemente en el cine, la música, y la aceptación y aggiornamento de prácticas y gustos culturales propios de los estratos sociales negros, que se adaptaron e integraron aún desde la crítica abierta, a la maquinaria de la industria cultural dominante.

Los Ángeles del '92, expresan la complejidad del proceso de ruptura hacia cierta normalidad dentro del sistema. Las diferentes comunidades que venían soportando la mirada discriminatoria, el desigual acceso a las supuestas oportunidades dentro del marco institucional norteamericano¹², cada una a su modo, y según las diferenciaciones de roles sociales a su interior, se hicieron eco del descontento, pero también, chocaron entre sí, reavivando las tensiones propias de sectores excluidos, que pugnan por evitar seguir descendiendo en los espacios de intervención y posibilidad de obtener mejoras no solo económicas sino también de reconocimiento a su status colectivo.

Los choques entre la comunidad coreana y china insertada sobre todo en el comercio minorista en Los Ángeles, contra la comunidad negra y latina, así como las disputas entre negros y latinos por territorios y posicionamientos dentro de lo social, solo confluyeron tácticamente al chocar con la policía del estado.

La complejidad e intensidad de los llamados “L.A. Riots”, solo pueden entenderse desde el quiebre en las representaciones sociales de lo posible, pero además en la concreción de algo hasta entonces impensado: el control territorial de un sector de la ciudad, que durante un par de días, quedó en manos de los insurrectos.

El poder estatal tuvo que recurrir a la Guardia Nacional para controlar los combates callejeros y la furia contra la policía, cerrándose, solo momentáneamente la rebelión con un saldo de más de sesenta muertos y cientos de heridos.

Al revisar la dinámica y duración del conflicto, puede apreciarse una primera singularidad.

En los dos primeros días posteriores al conocimiento del fallo absolutorio de los policías implicados en la golpiza a Rodney King (29 de abril de 1992), se identifica una tendencia a la violencia creciente mediante el contagio sucesivo entre grupos aislados, que pronto confluyen en las principales avenidas de la ciudad. Si bien se emplaza un centro de combate en la confluencia de las Avenidas Florence y Normandie, es difícil particularizar la ubicación de los focos de violencia, pues el efecto contagio crece a una veloci-

dad descomunal, abarcando no solo el sur de L.A, sino, las principales avenidas céntricas, la sede de Policía, y los barrios del este, hasta la costa, llegando incluso hasta el conocido vecindario de Inglewood, cercano al aeropuerto de la ciudad.

La aparente primera victoria de los jóvenes negros y latinos frente a las fuerzas policiales, se visualiza en la confusión que se propaga en los altos mandos de la fuerza la noche del 29 y las primeras horas del 30 de abril.

Es quizás ese jueves 30, el hito fundante de la leyenda de los disturbios. Ante el desborde e incapacidad de controlar el territorio por parte de la policía, es que se desarrolla la inédita maniobra de control territorial, sostenido en base a enfrentamientos directos, combinados con saqueos coordinados, para dispersar la represión, y tiroteos constantes en varios barrios como Lennox, South Park y los alrededores de la Universidad y el centro de la ciudad.

Es importante ver la táctica de bloqueo de carreteras, que durante el jueves 30 hasta la tarde del 1ro de mayo, impiden el ingreso de la Guardia Nacional a las áreas suburbanas, donde se presencian y quedaron documentadas, grandes escenas de combates y resistencia en los bloqueos.

Es además incontrolable el duro cruce entre los propietarios de comercios de la comunidad coreana contra las oleadas de jóvenes negros y desocupados que intentan saquear e incendiar muchos de esos comercios.

El día del trabajador transcurre en una apoteosis de violencia contenida por décadas, y al observar los movimientos tácticos de la policía, se visualiza un cercamiento de las zonas mas exclusivas y ricas de al ciudad, para salvaguardar las propiedades de magnates y estrellas de Hollywood.

Casi 6.000 miembros de la Guardia Nacional logran quebrar el bloqueo, y adentrarse en las afueras de la ciudad, solo durante la noche – madrugada del viernes 1ro, y luego de un apagón masivo en vastas zonas que desconcertó a los rebeldes que controlaban algunas zonas del sur y este de la urbe.

Los combates esa madrugada son masivos. La represión alentada por el propio presidente Bush, con tanques ingresando por las principales avenidas, y el combate trasladado al Barrio Coreano, muestra la tenacidad de la resistencia.

Es recién en el domingo 3 de mayo que la saturación militar de la ciudad logra quebrar los principales focos de enfrentamiento, pero es emblemático denotar que durante las sucesivas noches, hasta un par de semanas posteriores, la aparición de actos de guerrilla, sabotean y atacan las unidades militares y puestos de control.

Recién a finales del mes de mayo, el ejército logra abandonar la ciudad y sofocar los disturbios.

Además debe destacarse el rol conciliador que se despliega desde el mismo 30 de abril, por parte de los líderes religiosos y la oposición demócrata, que a toda costa intenta capitalizar y encauzar institucionalmente la tendencia a la rebelión y al conflicto, que muestra con total crudeza, la incompatibilidad de la coexistencia pacífica de “Las dos naciones” de Disraelí.

Es necesario recuperar y el haber detallado aunque sea someramente el desarrollo de los disturbios a lo largo de los días, pues durante esa primavera caliente del '92, se evidenció la falsa idea de cierta pasividad y aggiornamento de la comunidad negra al sistema social capitalista en los EEUU, así como una intencionada lectura de que los gru-

pos rebeldes respondían a una tendencia a exacerbar unas respuestas de rabia vacía y sin proyección, mezcla de bandidaje, marginalidad, y naturalización de la exclusión.

Todo lo contrario “Los disturbios de L.A”, son expresión de la lectura racional de determinados grupos sociales de la ruptura en la tolerancia aceptada de desigualdad y discriminación, que trocan en acciones de revuelta y resistencia que por primera vez, rompen lo meramente defensivo, para encauzarse en intentos de avance sobre el territorio, y control del mismo, acompañado de un enorme pliego de demandas, históricamente postergadas.

Seguidamente, se intenta complejizar este análisis e intentar comprender las motivaciones y los sentidos de las acciones colectivas de estos grupos sociales.

Al analizar en profundidad la tendencia al conflicto constante, pero su aparición en ocasiones puntuales, es necesario comprender las implicancias subjetivas y las percepciones de los grupos acerca de lo que es y puede dejar de ser, la cotidianidad de sus vidas.

Es importante aclarar los porque de estos intentos de cambios en las relaciones sociales al interior de la sociedad, que desde una posición claramente defensiva ante casos de brutalidad policial, irrumpen violentamente contra todo lo que se asocia con la “normalidad sistémica”.

En este sentido es interesante analizar el desarrollo del proceso de enfrentamiento desde una mirada que tenga en cuenta las apropiaciones subjetivas de lo que se entiende por dificultades en la rutinización de la vida social.

Muchas veces los grupos sociales según su posición dentro de un todo más estructurado como espacio de posiciones relacionales, suelen hasta cierto punto, habituarse a determinadas privaciones, sean estas materiales, simbólicas, espirituales.

Como ejemplo de esta significación, E. Cleaver relata ya en los tempranos sesenta la desigual mirada de la sociedad y sus instituciones normativas alrededor de prácticas que desde cierta amenaza a un orden dado, son plausibles de ser sancionadas.¹³

El umbral de tolerancia a la desigualdad depende de que al mismo tiempo se presenten al grupo perjudicado, las posibilidades de encarar estrategias de superación y ascenso, aún dentro de lo que es socialmente aceptado como espacio de su intervención práctica, y que depende también fuertemente del portar en el cuerpo la frontera de clase/raza.

Pero esa habituación a cierta normalidad excluyente, puede experimentar una crisis no solo de percepción sino de vivencia de la penuria y miseria, frente a lo que se conoce como saltos de calidad en las ya existentes condiciones de desigualdad.

El grupo puede percibir que pequeñas acciones de violencia hacia él, que vive sistemáticamente y que las internaliza como factibles, rompen el umbral de aceptación y tolerancia.

Robert Merton analizaba en profundidad estas complejidades de los saltos en la percepción de las diferencias, alrededor del concepto de privación relativa.

Vivir la represión constantemente, la consolidación de un guetto que, se presenta estigmatizando y excluyendo, pero que a la par abre un umbral de protección colectiva, puede ser incorporado a la manera en que el grupo estigmatizado crea su normalidad en base a la idea de sentirse, construirse e identificarse como un otro en oposición al con-

junto social.

Pero también al experimentar un acto que en apariencia es parte constitutiva de esa cotidianidad que se vive, si se lo vive y siente como propio exclusivamente del grupo afectado, y en comparación con otros grupos sociales también estigmatizados, se observa una discrecionalidad intencionada, es que entonces la comparación con otros, actúa como la chispa que desata la ira y el estallido.

Es cuando *Sybil* se expresa abiertamente.

La crisis económica abierta en la sociedad norteamericana a comienzos de los ochenta, que significó una reconfiguración de la acumulación capitalista en el país, y una intensificación de la explotación sobre el conjunto de la clase obrera, encontró en los sucesos de 1992, un canal explosivo de irrupción.

Sin dudas la caída de los ex Estados obreros en el bloque soviético, y la incorporación de millones de trabajadores al mercado de trabajo, influyeron negativamente en la percepción de las clases obreras del resto del mundo, de las posibilidades de lograr mejores condiciones salariales y de trabajo.

En el escenario social de lucha entre clases, el aumento significativo de la porción de la clase obrera, plausible de ser explotada, hizo por un lado disminuir su valor de venta como tal, pero a su vez, expulsó a millones de sus integrantes a los márgenes del entorno social, como población sobrante.

En una sociedad con un capitalismo concentrado, centralizado, los grupos de la comunidad negra en los noventa, fueron de los más castigados por ese proceso de mundialización de la expansión del capital, y la consiguiente incorporación de nuevos países al tablero de la acumulación capitalista.

Una situación contradictoria, y explosiva que lejos de consolidar en las conciencia colectiva de millones, la supremacía histórica y el triunfo final del capitalismo por sobre las experiencias socialistas en los ex estados del bloque soviético, expuso la debilidad estructural de un sistema social que constantemente ataca la base social que lo sustenta, la clase obrera, y dentro de la cual, los sectores de la comunidad negra y latina se encuentran entre los más perjudicados.

En esas décadas de fin de siglo pasado, es notorio el intento a gran escala operado desde las clases dominantes, por encauzar la conflictividad social.

Desde el poder económico y con la anuencia de los principales partidos políticos, así como de importantes sectores de los medios de comunicación y asociaciones religiosas, culturales, sobre todo al interior de la comunidad negra, se logró reencauzar el descontento y la reintegración social, en parte con la derrota del gobierno de G.W. Bush padre a manos del gobierno demócrata de Bill Clinton (1993–2001).

Nuevamente un equilibrio inestable y precario, resultó emergente de la irresuelta tesis de las dos naciones.

Tercer Momento. Los Ángeles 92 engendró nuevas generaciones de ira.

“Black Lives Matter” Ferguson, Batilmore, y la resistencia de los desiguales.

El movimiento “Black Lives Matter”, en los años 2013, 2014, 2015, es parte de la consolidación de las tendencias a la respuesta inicialmente pacífica, mediática, pero que al ir ganando las calles, y confluir con sectores muy postergados y golpeados no solo por

la violencia policial sino por la crisis estructural, se torna muchas veces violenta, pero manteniendo generalmente su impronta defensiva de las reivindicaciones históricas de la comunidad negra.

Con una fuerte influencia sobre todo en sus estratos más juveniles, los más golpeados por la profunda crisis desatada en EEUU, en el año 2008, que llevó a la quiebra a los gigantes financieros Lehmann Brothers, a las cadenas de comercialización Macy's, y que exacerbó la precarización laboral, la pobreza y el desempleo en los sectores previamente construidos como inferiores (negros, latinos) que vieron estallarse contra la pared, la ficción del sueño americano en sus trayectorias de vida.

Dentro del derrotero que puede analizarse de algunas de las características fundantes de este movimiento, se puede destacar la confluencia muchas veces táctica, con los grupos juveniles organizados alrededor de la lucha salarial en McDonald's, y por reconocimiento de sus derechos laborales, que desde sus demandas iniciales por la cuestión salarial, lograron contar con gran adhesión a nivel no solo nacional sino mundial, mostrando sin tapujos, las altísimas tasas de explotación, salarios de miseria y una creciente degradación de los horizontes de lo posible de millones de jóvenes que se perciben excluidos de las virtudes que un sistema social que se vanagloria de ser el corazón del consumo y los lujos, sin embargo, prescinde cada vez más de sus potenciales consumidores.

La presión ante la crisis y el cierre de las válvulas sistémicas de contención del conflicto, llevaron a que la percepción de la violencia policial sobrepase el umbral tolerable, y nuevamente el conjunto de los sectores más castigados por la pobreza y la exclusión, confluyeron en un estallido de ira y violencia que traspasó las fronteras de Ferguson, Missouri, donde fue asesinado Michael Brown de 6 disparos, y se propagó a las grandes ciudades donde la comunidad negra se agrupa en barriadas y nuevos "guettos".

El fantasma de Los Ángeles de 1992, sobrevuela las conciencias de los jóvenes del *Black Lives Matter*, pero al complejizar y establecer ciertas variables comparativas entre ambos momentos, es importante destacar que a diferencia del año '92, no se logra quebrar desde el año 2014, o se lo produce solo parcialmente y de manera fugaz, la tendencia a la respuesta defensiva colectiva, ni tampoco se logra avanzar en el control territorial de barrios de mayoría negra.

Al analizar la sucesión de los actos de rebelión y las multitudinarias marchas de protesta (una diferencia sustantiva con el año 1992, donde casi estuvieron ausentes durante los disturbios), se evidencia sin embargo una profundización y sostenimiento en la duración del conflicto.

Desde este último punto es que se logra comprender el descomunal operativo de encauzamiento del conflicto, por parte del Partido Demócrata y sus alas más progresistas.

La confluencia de vastos sectores del movimiento BLM, alrededor de la figura de Bernie Sanders, senador por el estado de Vermont, es expresión del intento de contener el conflicto y las energías disruptivas que el movimiento fue generando y construyendo en el tiempo, y que intentaba posicionarse como un actor social independiente del bipartidismo tradicional.

Pero más allá de algunas frases algo incendiarias y críticas del "establishment" norteamericano, recurso muy utilizado por ciertos candidatos denominados "outsiders", Sanders es clara expresión de los límites sociales que se erigen a los intentos reformistas

de la estructura de dominación tradicional de los EEUU.

La disputa entre la acción y la estructura o entre la apertura y el constreñimiento, se puede entender al adentrarse en las dinámicas sociales de la confluencia entre una amalgama de demandas, muchas de ellas claramente antisistémicas, otras más defensivas, desde los sectores de las comunidades afroamericanas y latinas más discriminados, y ciertas fracciones de las élites dominantes, básicamente del Partido Demócrata, que recogiendo formalmente las demandas, incluso las más radicales, las resignifican y reintegran dentro de los marcos de posibilidad del sistema y sus estructuras de relaciones sociales.

“No Justice, No peace”

Semanas de choques y destrucción mostraron la verdadera realidad de las *dos naciones*, la incompatibilidad de su coexistencia pacífica, y de la creencia del conjunto de valores y símbolos que recreaban la conciencia colectiva de que era posible vivir en la diferencia.

La comunidad negra de EEUU, y en especial su mayoría oprimida y explotada, o que engrosaba las filas del desempleo, rompía con el intento de integración funcional hacia una vida en común, pues la segregación racial nunca había terminado, y tampoco los aparatos de dominación con presencia dentro de la comunidad negra (Demócratas, Asociaciones Religiosas), habían podido actuar como factor de contención e institucionalización duradera de las demandas sociales.

Una sociedad en transición puede medirse por el quiebre en la aceptación e internalización de un sistema de normas que previamente era aceptado por la mayoría social, y que aún oponiéndose al mismo, suele las más de las veces, evaluar en un proceso de monitoreo reflexivo, las posibles consecuencias de sus acciones sean individuales o colectivas, y así se somete pasiva o críticamente al orden imperante.

Cuando la norma pierde peso, puede verse lo que Emile Durkheim caracterizaba como una situación de “anomia social”¹⁴, de crisis de valores y pautas válidas para interpretar y actuar en el mundo.

Pero también puede desarrollarse una tendencia no a liberar impulsos colectivos de libertad y quiebre revolucionario del orden instituido, sino a recluirse en salidas impulsivas, casi irracionales, y que actúan a corto plazo.

El momento de transición y coexistencia entre posiciones sociales antagónicas, de crisis y ruptura de la “normal manera de ver el mundo” y relacionarse en consecuencia, se expresa en sociedades complejas como la norteamericana y su minoría negra en las constantes secuencias de conformación de prácticas sociales que no logran trascender la respuesta reactiva hacia la amenaza represiva, pero que se agotan en el grito y golpe colectivo frente a lo cercano y asociado con la causa de la opresión (la policía), pero que raras veces logra quebrar la continuidad del todo social.

Cuarto Momento. George Floyd se multiplica por millones.

“I can’t breathe” La continuidad de la ira en tiempos de exclusión pandémica

El brutal asesinato filmado y retransmitido en cadena, de George Floyd de 46 años, perpetrado por la policía de Minneapolis, recreó casi 65 años después el sentimiento

hecho carne como el vivido por Rosa Parks en Alabama, del “estar cansados de ceder”.

Las “dos naciones” del Sybil, se abren paso de nuevo. Muestran en plena pandemia de coronavirus, que la presencia y supervivencia de la nación imaginada por Disraeli, como la dominante, es incompatible con la dominada.

La experiencia de las revueltas del '92, de los calientes años 2013, 2014 se pone a prueba en plena pandemia del Covid-19.

La profundidad de la crisis actual, la impotencia de un sistema social basado en el lucro y la obtención de ganancias a costa del trabajo ajeno, en paralelo a la consolidación de una clase opulenta, con incontables fortunas acaparadas, y la consolidación simultánea de una mayoría cada vez más evidente, de pobres, desplazados, sin las más mínimas condiciones de existencia, muestran la crudeza de la desigualdad en el acceso a las posibilidades de supervivencia frente a una pandemia.

Vale este pequeño párrafo del célebre manifiesto, elaborado por Carlos Marx y Federico Engels, en 1848, donde la sociedad es presentada como bandos antagónicos, cada uno con intereses contrapuestos y hasta incompatibles, y donde la historia social es producto de esa lucha constante.

Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes. (Marx y Engels, 1848)

El paralelo con la obra de Disraeli es mas que esclarecedor, así como la vigencia de sus palabras, sin ningún velo que dificulte, borre o diluya la diferenciación social, basada en criterios de clase y raza, que se sedimentan en las conciencias colectivas de una nación basada en un genocidio fundacional, y otro a cuentagotas, de baja intensidad, sobre las poblaciones de color y migrantes.

En plena irrupción de la pandemia del coronavirus, con el fortalecimiento de los Estados y su aparato de control poblacional, policial, y la simultánea restricción a las libertades de circulación, reunión, etc. las fracciones de la sociedad mas castigadas históricamente, ven y racionalizan una vez mas, la creciente disparidad entre sus restricciones ya de por sí habituales, y las del resto que parece todavía estar al margen del deterioro económico y social.

Emerge nuevamente la privación relativa como causa disparadora de la ruptura con el lazo social, y la imposibilidad de encontrar espacios donde institucionalizarse el descontento creciente y la descomposición de lo que hasta el momento era vivenciado como “la realidad de la vida cotidiana”.

La tendencia constante al conflicto y al levantarse contra la opresión emerge como característica casi constante en las comunidades que mas sufren la desigualdad, el racismo y la violencia policial.

Luego del asesinato de George Floyd, y la irrupción masiva de protestas y choques violentos con las fuerzas de seguridad, en respuesta a la represión desmedida de ellos, se puede observar una situación de contagio hacia ambas costas del país.

Los choques y la persistencia del conflicto con la policía y lo que se asocia a lo estatal, muestra luego de varios días de rebelión, que dentro de las conciencias colectivas de las comunidades mas castigadas, como la negra, latina, las mayorías obreras y desocupadas

de ellas, ya no encuentran lugar desde el que posicionarse para sentirse adentro tanto de lo simbólico como lo normativo e institucionalizado, como parte de lo hasta entonces tolerado como normal y cotidiano.

Desde Minneapolis, epicentro de la protesta contra la violencia policial, desde el pasado 25 de mayo, se puede evidenciar luego de varias semanas de continuidad de los choques y marchas multitudinarias, un hito que puede sostener que estamos en presencia de un quiebre quizás definitivo del ciclo de emergencia – ascenso – amesetamiento y tendencia a la reintegración sistémica del descontento, mediante las instituciones y partidos tradicionales, de la sociedad norteamericana.

La propagación a las principales ciudades del país, con la exacerbación de la violencia policial fogueada por el propio presidente Donald Trump, configuró luego de más de un mes de revueltas, la persistencia aunque algo inestable de dos bandos perfectamente visibles.

Las dos naciones se ponen sus ropas y ensayan sus mejores tácticas y armas de combate.

Parece imposible que exista una vuelta atrás, aún parcial. Pues la resistencia y enfrentamiento entre los bandos, rompió la identidad racial, y logró atraer la solidaridad y acción de enormes sectores de la sociedad blanca, afectada también por las consecuencias de la pandemia, la crisis económica y política, el desempleo, la miseria social, poniendo en jaque a la misma ciudad de Washington, centro del poder político norteamericano.

Históricamente en las acciones de lucha abierta al interior de una sociedad, cuando estas perduran en el tiempo y se hacen práctica social, rompen los límites temporales de duración, así como de intensidad del conflicto. La coerción estructural frente a la racionalización de las posibilidades de tensarla, apropiarse de sus contradicciones, apelan a principios bien desarrollados por el sociólogo inglés Anthony Giddens en su análisis de la dualidad de la estructura (1984).

Incluso se quiebra el efecto disuasivo de la constante represión. Los cuerpos se acostumburan al dolor de la policía y esto vuelve impotente la coacción al menos durante ese momento puntal.

Una comunidad que se constituyó identitariamente en base al dolor y la violencia hacia sus cuerpos, durante casi 400 años, parte así desde una posición objetiva que vuelca o puede hacerlo de manera dialéctica, la naturalización del acostumbramiento al sufrimiento, y volverlo pura fuerza ofensiva hacia su enemigo perfectamente identificado por siglos de opresión.

Es importante establecer aquí un punto de comparación entre las revueltas actuales, y los disturbios de Los Ángeles del '92 en lo que respecta al control territorial.

En la mítica ciudad de Seattle, famosa por las marchas y rebeliones contra la O.M.C (organización mundial del comercio), el G-7, y consolidación en los finales de los noventa como centro mundial de la resistencia al neoliberalismo, emerge hoy día una novedosa y disruptiva experiencia de control territorial por parte de jóvenes y sectores de la clase obrera mas precarizada.

La comuna de "*Capitol Hill libre*", como se autodenominan los jóvenes de la ciudad, logró expulsar a la policía local, instalar el debate sobre la necesidad de abolir las fuerzas represivas, pero a la para intentar autoabastecerse y ensayar mecanismos de autogo-

bierno local.

La pequeña área en cuestión, es un claro exponente del pasaje de una perspectiva meramente defensiva de las protestas de la comunidad negra, hacia una acción ofensiva y con un programa no solo de reivindicaciones sociales mínimas, sino de universalizar las posibilidades de que el límite de las posibilidades de acción se corra cada vez mas hacia tensar las representaciones sociales que las propias fracciones de la sociedad se dan para sí, y desafiando la recurrente integración desde el poder estatal y las clases dominantes, de los sectores díscolos, generándoles pautas de motivación de sus acciones que en base a pequeñas concesiones, buscan encauzar y contener el descontento, dentro de un equilibrio inestable, propio de sociedades en transición, como lo desarrollaba el sociólogo John Rex en sus análisis del conflicto social.¹⁵

En momentos de crisis de legitimidad de lo que hasta ese entonces funcionaba como sostén del sistema, es cuando se puede visualizar sin velos, no solo desde el análisis, sino desde los propios actores en pugna, la función latente de toda institución del capital y su estado, y así la función manifiesta queda relegada a una mera caricatura.

Lo latente y su racionalización momentánea por los sectores oprimidos, los pone en condiciones de encarar la respuesta no solo defensiva frente a la represión estatal, sino avanzar hacia posiciones ofensivas, aún en una cierta desorganización política.

Son los instantes en que el sistema social, y su aparato de propaganda y control, despliegan su arsenal de tácticas discursivas y de creación de nuevas pautas integrativas, que desesperadamente buscan desde ciertos sentimientos que son comunes, trazar puentes de anclaje con los díscolos.

Es interesante como la resistencia civil es una condición fundante de la sociedad norteamericana, y cada sector social a su interior la manifiesta y resignifica de acuerdo a sus intereses particulares, pero también a la percepción de lo que deberían ser esos intereses.

A modo de conclusión abierta, como toda práctica social

La tensión histórica entre acción y estructura, muestra en cada momento, la disputa por el sentido de lo habitual.

Es una tensión constante por negociar las prácticas, darle una nueva significación que tienda a satisfacer los intereses de los que quedan en la nación excluida.

Los grupos que se perciben como excluidos, discriminados, y que racionalizan esa condición, pueden darse entonces, estrategias de quiebre en el normal derrotero de las posibilidades de acción.

Los recursos que constantemente van apareciendo ante los grupos, producto de su incidencia en los procesos sociales de producción, e institucionalización de los mismos, les abren la instancia a ensayar sus propias estrategias de acción. Es cuando se despliegan tendencias a pasar de lo defensivo y de cerrarse en si mismo, como se evidenció en la conformación de barriadas de la comunidad negra y los guettos, de crear espacios de acción común, que en el devenir constante de su ocurrencia, pueden cristalizar en instituciones propias de la clase, pero que también pueden y las mas de las veces ocurre, ser reintegradas al sistema social, a modo de una nueva normalidad, aunque inestable y precaria.

La sociedad norteamericana, y sus sectores más discriminados, la comunidad negra, que constituyeron el interés de este trabajo, pudo darse como comunidad socialmente constituida alrededor del proceso de trabajo y la apropiación del producto del mismo, momentos fundantes de construcción de horizontes de incidencia en la reproducción sistémica, que claramente se ubican desde una ofensiva profunda que buscó romper el equilibrio inestable y desigual de una sociedad en transición.

Es importante no perder este aspecto del análisis, pues muestra que la integración entre acción y estructura, es inestable y siempre está abierta la posibilidad para los grupos estigmatizados, de imponer sus propios intereses.

Los limitantes estructurales (su posición en el proceso productivo, la influencia integrativa de los partidos políticos, especialmente el Demócrata y sus alas más progresistas), sin embargo, atentan muchas veces con lo que pudo ser racionalizado como injusto, no natural y por ello menos “normal”, por los integrantes de las barriadas negras, traducido como una recurrente salida hacia un odio constante a la policía, pero y en simultáneo, las salidas que les abren condiciones también reales de ruptura e instauración de sus intereses concretos frente al Estado.

El gran problema y desafío es la cuestión del trabajo, su manera de ejercerlo, y la disputa por el proceso que legitima la apropiación del capitalista, sea blanco, negro, latino o asiático, del producto del trabajo, así como del rol ideológico y político del Estado que sostiene y perpetua la continuidad de la Tesis de las dos naciones, aún en pleno siglo XXI.

Queda así abierto un horizonte que no solo evidencie la vigencia de las Dos naciones de Disraelí, sino que haga incompatible su coexistencia, y así reorganice la sociedad sobre otras bases.

Notas

¹ https://books.google.com.ar/books/about/Sybil.html?id=QK0UvgAACAAJ&redir_esc=y

² Se hace aquí referencia al profundo movimiento social que se desencadena en Gran Bretaña alrededor del año 1838, producto de la irrupción de la clase obrera en la escena no solo productiva sino también política, y que se asocia a un conjunto de demandas por sufragio universal, sueldos para los legisladores, asegurando así la posibilidad de acceso a los cargos públicos a los obreros, etc.

³ Se refiere al movimiento luddista, que identificaba en la maquinaria industrial las penurias a las que se veía sometido de manera creciente la clase obrera. Es un movimiento defensivo que produce momentos de gran radicalidad y violencia en Inglaterra, pero y en simultáneo, cohesiona a los obreros como una identidad común.

⁴ Se denomina al proceso mediante el cual se produce una ofensiva desde el Estado inglés y los sectores propietarios, contra el campesinado particularmente, despojándolo de sus tierras comunitarias, elementos de trabajo y legislaciones protectoras, para transformarlos en fuerza de trabajo disponible para el capital. Un proceso muy bien detallado y analizado por Marx en el capítulo XXVI de “El Capital” en 1867.

⁵ Es interesante rescatar las nociones de falsa conciencia marxista, o incluso desde las perspectivas funcionalistas y el análisis de Parsons, sobre la noción de los intereses creados, y como lo que impele a la acción, es muchas veces no los intereses objetivos del actor, sino la idea de lo que ese actor se representa como lo que le corresponde. (Parsons, 1984).

⁶ No solo el aporte de Anthony Giddens en su teoría de la estructuración, es central en la comprensión del enfoque encarado en este trabajo, sino además las perspectivas comprensivistas, así como los aportes de las teorías del conflicto social de John Rex, y los teóricos de la integración micro – macro.

⁷ Robert. K. Merton en “Teoría y estructura sociales”, (1964), realiza un pormenorizado estudio en clave funcionalista, de estos conceptos.

⁸ “...en la producción social de su vida los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una fase determinada de desarrollo las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas, y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica se transforma, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas transformaciones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de transformación por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más elevadas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado dentro de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos sólo surgen cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización (Marx, 1859).

⁹ La conciencia práctica como ese cúmulo de conocimientos y experticias que los actores despliegan ante una situación, les permite monitorear reflexivamente el entorno y actuar en consecuencia, pero también poder producir consecuencias no deseadas en sus acciones que lleven a perjudicarlos significativamente (Giddens, 2015).

¹⁰ John Rex, en su modelo de conflicto social, analiza profundamente este momento, recreando la división sistémica entre quienes asignan, legitiman, avalan, y reprimen la desigual distribución de los recursos a disposición. (Rex, 1977)

¹¹ Existe una abundante bibliografía sobre el llamado “verano rojo de 1919”, como los aportes de las historadoras Olivia Waxman, Ursula Wolfe Rocca, que analizan las jornadas de ese año de revueltas negras en los EEUU.

¹² La doctrina de “iguales pero separados”, que avalaba la segregación racial, había sido abolida en la década del 50.

¹³ La conciencia racista en los EEUU es tal que el asesinato no se considera asesinato realmente al menos que, la víctima sea blanca. Y solo cuando los periódicos y las revistas comenzaron a mostrar fotografías y a publicar artículos de las palizas aplicadas a manifestantes blancos por las chusmas racistas y por la policía, el público comenzó a protestar (Cleaver, 1968: 86).

¹⁴ Emile Durheim en “La división del trabajo social” (1893), profundiza estas características de sociedades donde no se logra integrar funcionalmente a los individuos, generando tendencias al cuestionamiento, desconocimiento y crítica de las reglas que aúnan y reúnen alrededor de valores comunes.

¹⁵ John Rex analiza los estadios del conflicto, su periodización así como el estudio de sociedades en transición en “Problemas Fundamentales de Teoría Sociológica”, (1977)

Bibliografía

- Bosch, Aurora (2019) *Historia de los Estados Unidos 1776–1945*, Barcelona: Editorial Crítica.
- Bourdieu, Pierre; Passeron, Jean Claude y Chamboredon, Jean Claude (2004) *El oficio del sociólogo*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (1992) *Una invitación a la sociología reflexiva*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cleaver, Eldridge (1968) *Alma Encadenada*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Disraelí, Benjamin (1845) *Sybil*, disponible en: https://books.google.com.ar/books/about/Sybil.html?id=OK0UvgAACAAJ&redir_esc=y
- Durkheim, Emile (1997) *La división del trabajo social*, México: Colofón.
- Giddens, Anthony (1984) *La Constitución de la Sociedad*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Marx, Karl (1867) *El Capital*, en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/eccx86s.htm>
- Marx, Karl (1859) *Contribución de la crítica de la economía política*, “Prólogo” en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/criteconpol.htm>
- Marx, Karl (1848) *El Manifiesto del Partido Comunista*, en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>
- Merton, Robert (1964) *Teoría y Estructura sociales*, Buenos Aires: FCE.
- Mc Whriter, Cameron (2012) *Red Summer, The summer of 1919 and the awakening of Black America*, N.Y: St Martin Griffin.
- Parsons, Talcott (1984) *El Sistema Social*, Madrid: Alianza.
- Rex, John, (1977) *Problemas fundamentales de teoría Sociológica*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Wolfe-Rocca, Ursula (2020) “The red Summer of 1919 explained”, *teenvogue*, disponible en <https://www.teen-vogue.com/story/the-red-summer-of-1919-explained>
- Archivos de la prensa norteamericana:
 NY Times, en <https://archive.nytimes.com/www.nytimes.com/ref/membercenter/nyarchive.html>
 L.A. Times, en <https://www.latimes.com/>
 Archivo de la Corte Suprema de los EEUU, en <https://www.supremecourt.gov/>